

# La secuela de la más grande historia jamás contada



(Lección 3)

***Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos (Hechos 2:1). Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hechos 2:47).***

En 1965, la United Artists Corporation produjo un filme sobre la vida de Cristo al cual se le dio el título de “La más grande historia jamás contada”. Esta comienza con el nacimiento de Cristo, presenta su ministerio terrenal, el rechazo que sufrió, su crucifixión, sepultura y resurrección. Aunque la producción de la película no fue fiel al registro divino de la Biblia, en su representación de Jesús, su título nos recuerda que la vida real de Cristo constituye la más grande historia jamás contada.

Si el nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús constituyen la más grande historia jamás contada, ¿cuál será, entonces, la segunda más grande historia jamás contada? ¿Cuál será la secuela de la más grande historia jamás contada? La respuesta resulta obvia cuando uno lee el libro de los Hechos, en el Nuevo Testamento. La secuela de la más grande historia jamás contada es la del establecimiento de la iglesia de nuestro Señor.

La historia de la llegada del reino de Dios, la iglesia, tal como se esperaría, está llena de gran aventura y de emoción que cautiva. Un capítulo de Hechos –el capítulo 2– relata el drama.

Démosle una revisada a este capítulo de Hechos, como si éste fuera un libro entero, o una historia completa. Esto nos permitirá dividir la historia en sus partes inspiradoras y obligadas. Cada capítulo del libro titulado La secuela de la más grande historia

jamás contada presentará una fase intrigante de la historia del establecimiento de la iglesia.

## **CAPÍTULO UNO:**

### ***“EL DIVINO DERRAMAMIENTO”***

Al comenzar la lectura del libro, lo abrimos en el primer capítulo, cuyo título es “El divino derramamiento”.

Esto es lo que Lucas, el escritor de Hechos, dice: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos”. Por lo tanto, el escenario de los eventos es la histórica ciudad de Jerusalén, el día de Pentecostés. Isaías (Isaías 2:2-4) y Miqueas (Miqueas 4:1-3) habían señalado mediante la profecía, a Jerusalén, como el lugar desde donde la ley del Señor fluiría al comienzo del período llamado “los días postreros”. Pentecostés era una fiesta del Antiguo Testamento en la que se celebraba la cosecha del grano (Éxodo 23:16). Los varones judíos con sus familias, que provenían de todos los rincones del imperio romano, habían venido a Jerusalén para observar este importante festival antiguotestamentario.

Cuando el día de Pentecostés estaba en su pleno apogeo, esto es lo que Lucas registra: *“Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplabá, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen (Hechos 2:2-4).*

El hecho de que sólo fueran los apóstoles, los que recibieron el derramamiento del Espíritu Santo, es algo que resulta evidente del registro que se encuentra dentro de Hechos 2, y del contexto que lleva a Hechos 2. En primer lugar, el pronombre implícito “ellos”, de Hechos 2.1, se refiere a la frase “los once apóstoles” que se encuentra en Hechos 1.26. En concordancia con lo anterior, los apóstoles fueron el foco de la atención, según cuenta el resto de la historia. En segundo lugar, el relato acerca de la venida del Espíritu Santo (Hechos 2:1-21) no indica,

en ningún otro lugar, que alguien que no fuera apóstol, recibiera el bautismo del Espíritu Santo.

La multitud que presenció el hecho de que los apóstoles hablaban en diferentes lenguas mediante el Espíritu, reconocieron y refirieron que los que hablaban eran únicamente los apóstoles (Hechos 2:7).

Por tres años anteriores a este derramamiento, se habían hecho varias promesas, en diferentes circunstancias, a los apóstoles, acerca de la manera como Cristo los bautizaría un día con el Espíritu Santo. Al comienzo del ministerio de Cristo, Juan el Bautista había dicho: *“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”* (Mateo 3:11). Poco después de su ascensión, Cristo les había dicho: *“Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”* (Hechos 1:5). Las palabras con las que Cristo se despidió de sus apóstoles en el momento de su ascensión, les instruyeron en el sentido de esperar en Jerusalén hasta que hubiesen recibido la promesa del Padre y fuesen investidos de poder de lo alto (Lucas 24:46-49; Hechos 1:4). Ahora, con este derramamiento divino del Espíritu Santo, que vino en la mañana del día de Pentecostés, todas las promesas del Señor respecto a la venida del Espíritu sobre los apóstoles estaban siendo cumplidas.

***Los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo para tres propósitos divinos.***

Cuando el Espíritu Santo fue derramado desde el cielo, hubo cierto sonido que se oyó: *“... vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplabá,...”* (Hechos 2:2). También hubo algo que se vio: *“Y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos”* (Hechos 2:3). También hubo algo que se experimentó: La manifestación externa de la venida del Espíritu era que los apóstoles hablaban en lenguas, o lenguajes, según el Espíritu les facultaba. No podía haber duda

de que los apóstoles estaban hablando en los lenguajes humanos, de la gente que había oído el sonido que se asemejaba al viento, y que se había reunido para ver lo que estaba sucediendo. Cuando el pueblo habló de lo que estaban oyendo de los apóstoles, ellos usaron las palabras en griego: *dialektos* (que se traduce como “dialecto”; Hechos 2:6,8) y *glossais* (que se traduce como “lenguaje”; Hechos 2:11).

Los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo para tres propósitos divinos.

1. En primer lugar, fueron bautizados con el propósito de darles inspiración. El Espíritu Santo los inspiraría de manera que pudieran dar la revelación de Dios para el mundo. Cristo les había prometido esto a los apóstoles: *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”* (Juan 14:26). Ahora, mediante la venida del Espíritu, esta promesa de ser inspirados que Cristo les había hecho a sus apóstoles, se cumpliría.
2. En segundo lugar, ellos fueron bautizados con el Espíritu Santo con el propósito de confirmación. Filios serían facultados por el Espíritu Santo para obrar milagros, señales y maravillas con los cuales confirmar o darles autenticidad a los mensajes que ellos predicarían. Esto es lo que Cristo les había prometido: *“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”* (Marcos 16:17-18). Esta promesa se cumpliría mediante el Espíritu cuando los apóstoles obraran milagros para confirmar que ellos eran hombres enviados por Dios. Una ilustración del cumplimiento de ésta, se ve en Hechos 14.3: *“Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios”*.

3. En tercer lugar, ellos fueron bautizados con el Espíritu Santo con el propósito de que pudieran impartir. Al ser facultados por el Espíritu, ellos podían imponer las manos sobre otros cristianos y así impartirles, mediante el Espíritu, los dones milagrosos del Espíritu Santo. Un ejemplo de esto se registra en Hechos 8:14-24: Pedro y Juan, dos apóstoles, fueron enviados de Jerusalén a Samaria para que oraran por los nuevos convertidos que habían venido a Cristo mediante la predicación de Felipe, para que les impusieran las manos, y así les impartieran los dones milagrosos del Espíritu Santo.

¿Qué significado tendrá esta primera parte de la “segunda más grande historia jamás contada” para usted y para mí? Significa que la revelación que se encuentra en el Nuevo Testamento fue dada por medio de hombres inspirados. Podemos confiar en que el mensaje del Nuevo Testamento es preciso e infalible. Dios facultó a sus apóstoles mediante el bautismo con el Espíritu Santo; y los apóstoles, a su vez, mediante la imposición de sus manos, impartieron dones milagrosos del Espíritu Santo a otros cristianos. Así que, todos los escritores del Nuevo Testamento fueron hombres inspirados y guiados por el Espíritu Santo. Todo ello significa, que podemos creer con fiabilidad, en que el Nuevo Testamento es la revelación de Dios al hombre.

## **CAPÍTULO DOS:**

### ***“EL DINÁMICO SERMÓN”***

El capítulo dos, de La secuela de la más grande historia jamás contada, se titula “El dinámico sermón”. El día que la iglesia fue establecida, ése fue un día de predicación. Al comienzo, aparentemente, todos los apóstoles hablaron a las diferentes etnias y nacionalidades en sus respectivos lenguajes y dialectos, declarándoles “las maravillas de Dios” (Hechos 2:11). Luego Pedro se puso de pie con los once y presentó un detallado sermón, tal vez en griego, el lenguaje universal de aquel tiempo, proclamando que Jesús era tanto el Señor, así como el Cristo (Hechos 2:14).

Los hombres que se habían reunido, a causa del estruendo como de viento recio, eran todos judíos; ellos conformaban una audiencia de inusual potencial para esta primera predicación del evangelio. Ellos tenían un potencial intelectual, Creían en Dios y conocían bien las Escrituras del Antiguo Testamento. Estaban mentalmente preparados para la recepción del mensaje del evangelio. También tenían un potencial misionero. Habían venido de todos los rincones del imperio romano. Esta era la oportunidad para un inmediato esparcimiento del cristianismo por intermedio de esta gente que recibiría el evangelio y que luego retornaría a sus lugares de origen con él.

Lucas nos provee, mediante la inspiración, un resumen del sermón que Pedro predicó (Hechos 2:14-36). Esta vital mirada al sermón de Pedro se puede bosquejar de dos o tres diferentes maneras; pero bosquejémoslo según los elementos formales de un discurso típico, echando una mirada a su introducción, desarrollo y conclusión.

Pedro comenzó el sermón poniéndose en el lugar en el que su audiencia se encontraba. Algunos de los presentes habían dicho en forma de burla: “Están llenos de mosto” (Hechos 2:13). A los predicadores del evangelio les puede ir bien aun careciendo de casi cualquier cosa, pero si hay algo de lo cual no pueden carecer, ello es una buena reputación. Cualquier predicador que no tenga un carácter de confiar, y una reputación confiable, está destinado al fracaso aun antes de abrir su boca para hablar. No le van a creer, ni lo van a respetar, no importa cuán elocuente sea su presentación del evangelio.

***Dios habría de usar los dones  
milagrosos del Espíritu Santo...  
para mientras aparecía la forma  
escrita del Nuevo Testamento.***

No debe sorprender, entonces, que Pedro comenzara su sermón con una respuesta a la acusación que se les había lanzado a los apóstoles. Respondió, a la distorsión que habían hecho de lo que había sucedido, con dos afirmaciones: En primer lugar, afirmó lo que no era. Apeló al sentido común de ellos (Hechos 2:15).

Esto es lo que Pedro estaba diciendo: “La explicación de este fenómeno no se puede hallar en la ebriedad, pues ningún judío normal se intoxicaría tan temprano, en la mañana de un día tan importante como Pentecostés. El sentido común ha de decirles que no estamos intoxicados”. En segundo lugar, Pedro afirmó lo que sí era. Apeló a las Escrituras cuando dijo: “Mas esto es lo dicho por el profeta Joel” (Hechos 2:16). Luego procedió a citar Joel 2.28-32 (Hechos 2:17-21). Así que, no puede haber duda de que el derramamiento del Espíritu Santo es, por lo menos en parte, el cumplimiento de la profecía de Joel respecto al comienzo del período llamado “los postreros días”. Tenemos la palabra de Pedro afirmándolo así. Sus palabras cuando dice “esto es lo dicho por el profeta Joel”, deben ser consideradas como una respuesta definitiva y final a la pregunta que se le hizo.

Este derramamiento del Espíritu Santo dio comienzo a la era de “los postreros días”. Cuando los apóstoles fueron facultados por el bautismo del Espíritu Santo, la era milagrosa del comienzo de la iglesia se había inaugurado. Posteriormente, en Hechos, los apóstoles imponían las manos sobre otros cristianos, y así los hijos y las hijas profetizaban, los jóvenes veían visiones, los ancianos soñaban sueños, y los siervos y las siervas profetizaban (Hechos 6:6; 8:4-8, 14-24; 21:8-9). Este derramamiento sobre los apóstoles constituyó la fuente principal que produjo la corriente milagrosa de los primeros días del cristianismo. Dios usaría los dones milagrosos del Espíritu, que fueron impartidos mediante la imposición de las manos de los apóstoles para la guía de la joven iglesia, mientras aparecía la forma escrita del Nuevo Testamento. Con la finalización de la forma escrita del Nuevo Testamento y con las muertes de los apóstoles y la de aquellos sobre quienes los apóstoles habían impuesto sus manos, fue que terminó el comienzo milagroso y fue cuando dio comienzo la edad del Espíritu guiando a la iglesia mediante la palabra escrita.

La introducción de Pedro, entonces, le señaló a la multitud lo que el evento no era y lo que sí era. Apeló al sentido común de ellos, y apeló a la

Escritura. Llevó su audiencia del lugar donde se encontraban, al lugar en el que estarían preparados para considerarla evidencia, de que Jesús era el Mesías.

El desarrollo del sermón de Pedro consiste en una presentación de diferentes líneas de evidencia para creer que Jesús es el Cristo. Si a usted se le pidiera ponerse de pie ante una asamblea de miles de personas y que mencionara las evidencias que existen para creer que Jesús es el Cristo, ¿Qué evidencias daría? Veamos las evidencias que Pedro dio y comparemos nuestra lista con la de él.

Una vez que la repetición se elimina, se nota que Pedro mencionó y explicó cinco líneas de evidencia.

1. En primer lugar, señaló la evidencia de los milagros de Cristo. Esto fue lo que dijo: *“Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis...”* (Hechos 2:22). Había sido el testimonio de los milagros lo que había convencido a Nicodemo de que Cristo había venido de Dios. Durante su entrevista nocturna con Cristo, esto fue lo que Nicodemo dijo: *“Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer esas señales que tú haces, si no está Dios con él”* (Juan 3:2). Si una fuente de información completamente fidedigna nos declarara que Jesús obró verdaderos milagros, nos veríamos forzados por ese testimonio a responder a los milagros de Cristo, de la misma forma que Nicodemo lo hizo –nos veríamos obligados a creer que él vino de Dios. La palabra de Dios, la Biblia, la más fidedigna fuente de información que existe sobre la tierra, da testimonio de que Cristo obró verdaderos milagros. Esta evidencia puede llevar a sólo una conclusión –Cristo estaba “aprobado” por Dios, estaba confirmado por los milagros que obraba siendo Hijo de Dios. Pedro le recordó a su audiencia acerca de los milagros de Cristo e hizo un llamado a que se aceptara la conclusión lógica que tal evidencia demanda.



2. En segundo lugar, Pedro puso ante su audiencia la evidencia de la resurrección. Esto fue lo que dijo: *A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella (Hechos 2:23-24)*. La resurrección era una parte importante de toda la predicación apostólica. Era un argumento que los judíos no podían contradecir. La resurrección hizo cobardes de hombres que eran valientes, y valientes de hombres que eran cobardes. Los judíos que habían sido osados para clamar: “¡Sea crucificado!” ante Pilato, se vieron abatidos por el temor ante la verdad de la tumba vacía. Pedro, el que, estando lleno de miedo, había dicho: “No conozco al hombre” (Mateo 26:72), estaba ahora predicando valientemente la resurrección de Cristo ante una vasta asamblea, a corta distancia de la tumba vacía. La resurrección provee prueba concluyente de que Jesucristo es el Hijo de Dios. La única manera de que alguien pueda negar la deidad de Cristo es negando su resurrección de entre los muertos. La resurrección coloca al cristianismo en una categoría por sí sola. El cristianismo es la única religión, entre las religiones a nivel mundial, cuyo fundador se levantó de entre los muertos. Ello confirma sus alegaciones autentifica sus promesas y le da validez a su religión.
3. En tercer lugar, Pedro propuso el argumento de la evidencia profética. Citó, de Salmos 16:8-11, una profecía que anunciaba la resurrección de Cristo: *Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia (Hechos 2:25-28)*. David habló en primera persona en su profecía. Visto superficialmente parecería que estaba hablando de sí mismo. Pedro demostró que David no podía haber estado hablando de sí

mismo, mediante el señalamiento de dos hechos. En primer lugar, se refirió a la muerte de David. Dijo que David, el que había profetizado lo anterior, había muerto y había sido sepultado y todavía se encontraba en su tumba. Como evidencia de ello señaló la tumba de David, la cual estaba localizada en Jerusalén para que todos la vieran (Hechos 2:29). En segundo lugar, les recordó de la promesa de Dios hecha a David (Hechos 2:30). Dios le había prometido a David, que uno de sus descendientes eventualmente vendría y ocuparía su trono (2 Samuel 7:12). Esta promesa, dijo Pedro, había sido cumplida en Cristo, pues Dios había levantado a éste de entre los muertos (Hechos 2:3) y lo había sentado a su diestra sobre un trono espiritual. Jesús vino al mundo a través del linaje de David y ahora se sienta sobre un trono espiritual, a la diestra de Dios en los cielos, y reina, como rey que es, sobre su reino terrenal, que es la iglesia. Pedro hizo un argumento similar partiendo de una profecía de Salmos 110:1, al final de su sermón (Hechos 2:34-35). Sus referencias a la profecía (Salmos 16:8-11; 110:1) probaban que aquel que había sido enviado por Dios habría de ser resucitado de entre los muertos y también exaltado, para estar a la diestra de Dios. Con su resurrección y exaltación, Jesús había cumplido, claramente, las dos anteriores profecías del Antiguo Testamento.

4. En cuarto lugar, Pedro usó la evidencia de testigos. Esto fue lo que dijo: *“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos”* (Hechos 2:32). Los judíos tendrían que reconocer que la profecía, a la cual Pedro se había referido, anunciaba una resurrección. Pedro estaba buscando la manera de confirmar que Cristo había resucitado de entre los muertos y que había cumplido esa parte de la profecía. Obligó a su audiencia a enfrentar el testimonio de los testigos de que Jesús había resucitado de entre los muertos. Un testigo es evidencia de alta calidad. Cualquier tribunal auténtico aceptaría la evidencia de un testigo, siempre y cuando no se evidencien contradicciones en sus testimonios. Dios no sólo afirma la resurrección de su Hijo en

su palabra, sino que también puso en su palabra el testimonio de testigos que, después de la resurrección de entre los muertos, lo vieron, lo tocaron, comieron con él, y estudiaron con él. ¿Quién podría rechazar tal testimonio?

***Sus milagros, su resurrección de entre los muertos, el cumplimiento de la profecía, el testimonio de testigos presenciales, y el descenso del Espíritu prueban que Jesús es el que Dios prometió que vendría, que es el Cristo, y que es el Señor.***

5. En quinto lugar, Pedro señaló la evidencia del descenso del Espíritu. Esto fue lo que dijo: *“Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”* (Hechos 2:33), Justo antes de la partida de Jesús al cielo, él prometió que enviaría la promesa del Padre a los apóstoles (Lucas 24:46-49). La multitud había visto y oído los resultados del derramamiento del Espíritu Santo. Así que, tenían la confirmación milagrosa de que Jesús había ascendido a la diestra del Padre, que había recibido del Padre la promesa del Espíritu, y que había enviado el Espíritu sobre los apóstoles.

Estas cinco líneas de evidencia, estas cinco pruebas, establecen una conclusión innegable. Pedro enfocó la atención de la audiencia en esta conclusión, con la palabra “pues”. Ya alguien dijo que cada vez que usted encuentre la palabra “pues”, en el Nuevo Testamento, usted debe detenerse y ver lo que sigue, porque siempre está allí por alguna razón. Pedro dijo: *“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”* (Hechos 2:36), Sus milagros, su resurrección de entre los muertos, su cumplimiento de la profecía, el testimonio de los testigos, y el descenso del Espíritu, todos prueban que Jesús es aquel que Dios prometió, el Cristo, y que éste es el Señor.

¿Qué es lo que esta parte, de la secuela de la historia más grande jamás contada, significa para nosotros? ¿No nos convence de que Cristo es el centro del cristianismo? Cuando uno prueba que Jesús es el Cristo, uno prueba la credibilidad del cristianismo. Si Pedro no hubiera podido probar que Cristo es el Hijo de Dios, que murió por nuestros pecados y que se levantó de entre los muertos, ¡el cristianismo hubiera muerto el día de su nacimiento!

### **CAPITULO TRES:**

#### ***“EL CLAMOR QUE VINO DE LO PROFUNDO”***

El tercer capítulo de La secuela de la más grande historia jamás contada se titula “El clamor que vino de lo profundo”. De entre la audiencia de Pedro fueron muchos los que se conmovieron al escuchar su sermón. El golpe recibido por sus conciencias los hizo clamar ante Pedro y el resto de los apóstoles. Esto fue lo que Lucas escribió: *“Al oír esto se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?”* (Hechos 2:37). La versión KJ dice que “estaban pinchados de corazón”. Este “pinchazo” del corazón no es similar al pinchazo de un dedo con una aguja, ni al pinchazo de una mano con una espina.

Es una expresión la cual significa algo parecido al rompimiento del corazón, o a una flecha disparada para atravesar el corazón. Esta misma frase se usa en un contexto diferente, en *Hechos 7:54: “Oyendo estas cosas se enfurecieron en sus corazones, y crujían los dientes contra él”*. En este incidente, los judíos reaccionaron con enojo en contra del sermón de Esteban. Los corazones de ellos estaban llenos de enojo; estaban horadados por el odio. Los judíos que respondieron al sermón de Pedro, no obstante, estaban abrumados por la compunción que sentían; estaban afligidos por la culpa.

Tal vez las personas que clamaron, en realidad, interrumpieron el sermón de Pedro. Las interrupciones no son siempre deseadas, pero ésta era una interrupción bendita al fin y al cabo.

La pregunta de aquellos estaba infundida de fervor. No fue un desapasionado “¿Qué haremos?”. La

pregunta de ellos fue más como: “¿Hay algo en el mundo que podamos hacer? Estamos en problemas. ¿Existe alguna esperanza?”. La pregunta de ellos fue hecha con una solemnidad y una intensidad propias de una gran desesperación.

Échele una mirada cuidadosa a la pregunta de ellos: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”. Ellos se estaban dirigiendo a sus iguales judíos, de allí el uso de la palabra “hermanos”. Esta tiene una connotación de nacionalidad, no de religión. La pregunta de ellos es una expresión de la pregunta más grande del mundo: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, Se habían llegado a dar cuenta de que ante Dios ellos estaban en una terrible condición. Habían participado en la crucifixión del Mesías, el Salvador que Dios había enviado al mundo. El sermón de Pedro coloca el pecado de sus oyentes ante ellos mismos, con enormes letras sobre un rótulo panorámico (Hechos 2:23).

Usted debe haber tenido que hacer y responder muchas preguntas importantes en su vida, pero ¿ha hecho usted y ha respondido usted, según el Nuevo Testamento, la pregunta sobre lo que debe hacer para ser salvo? Había otros presentes el día de Pentecostés que debieron haber oído el sermón de Pedro y que debieron haber sido testigos de los milagros de Pentecostés, pero que se volvieron sin enfrentar su culpa y sin hacer esta pregunta. El pecado en la vida de una persona es una tragedia, una tragedia tan grande que Cristo tuvo que venir a este mundo y tuvo que morir en una cruz para proveer expiación por él. Pero hay una tragedia aún más grande. Cuando uno se rehúsa a enfrentar su culpa delante de Dios y se rehúsa a buscar la solución que Dios ofrece, para esa culpa, uno experimenta la más grande de todas las tragedias.

#### **CAPÍTULO CUATRO: “LA RESPUESTA DEFINITIVA”**

El capítulo cuatro de este libro, La secuela de la más grande historia jamás contada, se titula “La respuesta definitiva”. Pedro dio una respuesta directa a la pregunta de la compungida muchedumbre:

***“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).***

Poco antes de su ascensión, nuestro Señor dio lo que hemos llegado a llamar la gran comisión. Son tres versiones completas las que se dan de ésta en el Nuevo Testamento: Mateo 28.18-20; Marcos 16:15-16; y Lucas 24:46-47. Cada versión tiene un énfasis diferente. La de Marcos 16:15-16 hace énfasis en la condición de la fe. La de Lucas 24:46-47 hace énfasis en el arrepentimiento y en el perdón de pecados. La de Mateo 28:18-20 hace resaltar el bautismo. Estas tres versiones indican que la salvación o la remisión de los pecados mediante la gracia de Dios, habían de ser ofrecidas bajo las condiciones de la fe, el arrepentimiento y el bautismo. Las palabras que se usan para expresar estas tres versiones de la gran comisión, no dejan ninguna duda en el sentido de que así debe entenderse.

Las tres condiciones que se expresan en la gran comisión se reflejan en la respuesta que Pedro le dio a la pregunta que ellos le hicieron. La fe en Cristo había sido engendrada en el corazón de ellos mediante el sermón de Pedro, y esta fe los hizo clamar pidiendo ser instruidos. La respuesta de Pedro a la pregunta de los judíos, por lo tanto, menciona específicamente el arrepentimiento y el bautismo, las otras dos condiciones que indica la gran comisión. Esto fue lo que dijo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados...” (Hechos 2:38). Nótese en qué lugar colocó Pedro el perdón de los pecados, en su respuesta. No prometió la salvación o el perdón de los pecados antes del bautismo, sino después de él. Pedro estaba siendo guiado por el Espíritu Santo, y la respuesta que dio, fue la del Espíritu Santo, no la de él.

***Si alguna duda existe, de que el bautismo es para el perdón de los pecados, lo cierto es que Hechos 22:16 despeja esta cuestión de una vez por todas.***

La respuesta que se les dio a los que clamaron es demasiado clara como para ser mal entendida. Para poder evadir la fuerza e impacto de esta respuesta, algunos líderes religiosos han dicho que la palabra “por”, de Hechos 2.38, se traduce de una palabra del griego que no significa “con el propósito de”, sino “como resultado de”. Que la palabra en griego “eis” se traduce fielmente como “para”, o como “con el propósito de”, es algo que se ve mediante la comparación de las numerosas traducciones de la Biblia. Júntense todas y se descubrirá que todas traducen la palabra del griego eis como “para”, como “con el propósito de”, o como alguna otra frase equivalente. Ninguna traduce esta palabra para dar a entender “como resultado de”. La respuesta de Pedro claramente coloca el perdón de los pecados después del bautismo. Que permanezca la respuesta que Dios da a la más grande de todas las preguntas, y que no se le permita a nadie dar explicaciones que la modifiquen.

Alguien ha dicho que cada versículo del Nuevo Testamento tiene su gemelo. Esto es una exageración pero algo de verdad hay en ello. Algunos versículos del Nuevo Testamento tienen gemelos y cuando buscamos al gemelo vemos otra forma de decir la misma verdad. ¿Cuál será el gemelo de Hechos 2:38? Este lo es Hechos 22:16. Saulo había venido de Damasco buscando la respuesta a su pregunta “¿Qué haré Señor?”. Él era un creyente pues había visto al Señor y le había hablado y había sido compungido por éste. Su condición de penitente la reflejó en la pregunta que le hizo al Señor. Saulo había, incluso, reconocido la condición de Señor, de Cristo, tal como se evidencia en su pregunta; pero se le dijo que fuera a Damasco para que se le dijera lo que debía hacer. Esperó en Damasco orando y con actitud penitente durante tres días, para recibir la respuesta a su pregunta. Ananías fue enviado a él con la respuesta. ¿Qué le dijo Ananías? Se podría decir que la respuesta que le dio Ananías es el versículo gemelo de Hechos 2:38. Esto fue lo que le dijo: ***“Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados invocando su nombre”***. Si alguna duda existe que el bautismo es para el perdón de los pecados lo cierto es que Hechos 22:16 despeja esta cuestión de una vez por todas.

Un joven que asistía a una universidad religiosa privada, una vez dijo, que su profesor de Biblia no creía que el bautismo debería ser administrado para el perdón de los pecados y enseñaba esta doctrina en su clase. “Yo le pregunté a mi madre qué debía hacer al respecto y ella dijo que yo debía ir a él y pedirle que explicara Hechos 2:38. Así que eso hice. Abrí mi Biblia en Hechos 2:38, fui a él después de la clase, y con todo respeto le pedí que lo explicara. Dijo que Hechos 2.38 realmente significa “debido al” perdón de pecados y no “para” perdón de pecados. Fui a casa y le mencioné a mi madre lo que él me dijo, y ella me dijo que yo debía volver y pedirle que explicara Hechos 22:16. Así lo hice. Fui a él después de la clase, con mi Biblia abierta en la página en que se encuentra Hechos 22.16, y con todo respeto le pedí que explicara este versículo. ¿Sabe lo que el profesor dijo? Dijo que él no trataría de explicar ese versículo, sino que sólo se lo saltaría y continuaría con el siguiente”. Yo pensé: “Por lo menos, el profesor fue honesto al respecto”. Hechos 22.16 no puede ser objeto de justificaciones para evadirlo. Debe ser aceptado o rechazado.

Pedro indicó que la respuesta que él dio a esta gran pregunta, era la respuesta de Dios para la dispensación cristiana, la era final de la historia humana. Esto fue lo que dijo: *“Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”* (Hechos 2:39). La expresión “para vosotros... y... vuestros hijos” se refiere a los judíos que responderían al evangelio, y la expresión “para todos los que están lejos” debe referirse, o incluir, a los gentiles que con el tiempo oirían, aceptarían y obedecerían el evangelio. La frase “para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” abarca a todos los judíos y gentiles que, en el futuro, aceptarían el evangelio y vendrían a Cristo. Si los gentiles no estaban incluidos en la frase “para todos los que están lejos”, lo más seguro es que sí estén incluidos en la frase de Pedro que dice: “para cuantos”. Pedro anunció el plan que Dios tenía, no sólo para el día de Pentecostés, sino para todos los días futuros de la



era cristiana. El dio la respuesta definitiva de Dios a la pregunta que dice: “Qué debo hacer para ser salvo?”

## **CAPÍTULO CINCO: “LA RESPUESTA SOÑADA”**

El capítulo quinto del libro La secuela de la historia más grande jamás contada se titula “La respuesta soñada”. Lucas habla de la asombrosa aceptación de la primera predicación del mensaje del evangelio de salvación. Esto es lo que dice: “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:41).

No se nos dice cuánto tiempo fue que Pedro y los otros apóstoles predicaron esa mañana. El sermón de Pedro debió haber tenido una duración mayor que la de un típico sermón del domingo por la mañana, de hoy día. Esto es lo que Lucas escribe: “Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación” (Hechos 2:40). Pedro no sólo los convenció con evidencia y argumentos; también los apremió con testimonio y exhortación.

La audiencia que escuchaba, aceptó el mensaje de Pedro y actuó en respuesta al mismo. Este es el recuento que Lucas hace: “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:41). Estas personas no eran simplemente oidores de la palabra; llegaron a ser hacedores de ella (Santiago 1:25). No se conformaron con escucharla; decidieron vivirla. Una vez, una mujer que asistía a un servicio religioso se enfermó, y salió, con la esperanza de que el respirar el aire fresco podría ayudarle a sentirse mejor. Ella obtuvo el aire fresco y comenzó a sentirse mejor. El servicio no había terminado, así que entró nuevamente para participar del resto del servicio. Se sentó en una de las bancas de atrás junto a un hombre, se inclinó y le susurró una pregunta: “Terminó el sermón ya?”. El hombre le susurró una respuesta: “Predicado ya está; ¡ahora falta que se cumpla!”. La tragedia no es que escuchemos sermones; la tragedia es que todo lo

que la mayoría de la gente hace con los sermones es escucharlos. Entre la multitud que había escuchado a Pedro predicar, por lo menos había algunos, que no sólo estaban compungidos por su mensaje, sino al someter sus mentes y sus vidas a ese mensaje, fueron convertidos a Cristo.

Fueron tres mil los que, con alegría, recibieron la palabra, y se bautizaron. Antes de que una conversión pueda tener lugar, uno debe recibir la palabra de salvación con alegría. Una de las mayores razones por las que no se convierte más gente a Cristo, es que la gente no recibe la palabra en sus corazones con alegría. La palabra siempre hará su obra si ella es recibida con alegría.

¿Puede imaginarse cuán emocionante sería ver a mil obedeciendo a Cristo en un sólo día?

J W. McGarvey ha calculado que para doce hombres, serían casi cinco horas las que se necesitarían para bautizar a tres mil, concediéndole un minuto a cada bautismo. No sabemos cómo fue que los apóstoles lo hicieron. Pudo ser que un apóstol bautizara a un hombre y luego le pidiera a éste que bautizara a otros. Aparte de la forma como fue hecho, ¡ese día debió haber sido grandioso! Esta fue la clase de respuesta con la que todo predicador del evangelio se sueña con poder ver.

## **CAPÍTULO SEIS: “EL DISTINTIVO CUERPO”**

El capítulo seis de este libro se titula “El distintivo cuerpo”. Lucas representa a los tres mil que fueron bautizados, como la iglesia.

Los profetas habían anunciado que un singular reino de Dios estaba en camino (Daniel 2:44). Cuando Juan el Bautista preparaba el camino para la venida del Mesías, declaró que el reino de los cielos estaba cerca (Mateo 3:1-2). Durante su ministerio, Cristo mismo, el Mesías enviado por Dios, hizo llamados al arrepentimiento porque el reino de los cielos estaba cerca (Mateo 4:17). Después de su resurrección de entre los muertos, durante los cuarenta días

anteriores a su ascensión, Cristo habló con los apóstoles acerca del reino que venía (Hechos 1:3). En sus últimas palabras para sus discípulos, Cristo les dijo que esperaran lo que el Padre había prometido (Hechos 1:4). Diez días después de su – ascensión, un domingo por la mañana, el momento largamente esperado vino. Con el derramamiento del Espíritu Santo (Hechos 2:1-4), con la primera predicación del evangelio después de la resurrección de Cristo (Hechos 2:14-36), y con la respuesta al evangelio de tres mil personas, nació la iglesia. Los que fueron lavados en la sangre al obedecer el evangelio, formaron la iglesia de Cristo. Desde ese día hasta el nuestro, cada vez que alguien oye el evangelio y con alegría responde a éste mediante el bautizarse en Cristo por su fe, arrepentimiento y confesión de Jesús como el Hijo de Dios, él es añadido a aquellos (Hechos 2:47)–los primeros, los tres mil que vinieron a Cristo en el comienzo mismo, el día de Pentecostés.

Desde Pentecostés en adelante, en Hechos, de la iglesia se habla como de una realidad viviente y que ya ha dejado de ser una promesa o una profecía. Lucas dijo, al final de Hechos 2, lo siguiente: “Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2:47). Al final del segundo sermón de Pedro, que se registra en Hechos, esto fue lo que Lucas escribió: “Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil” (Hechos 4:4). Después de las muertes de Ananías y Safira, esto fue lo que Lucas escribió: “Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas” (Hechos 5:11). Cuando cierta persecución comenzó a raíz de que Esteban fuera apedreado. Esto fue lo que Lucas dijo: “En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles” (Hechos 8:1). Según Lucas, entonces, la iglesia, el singular reino de Dios, había venido.

Se dice que un día, alguien se acercó a Marshall Keeble, el gran predicador de raza negra, y esta persona señalándole su corazón, dijo: “Hermano Keeble, me gusta sentirlo. Me gusta sentirlo aquí mismo”. El

hermano Keeble tenía la maravillosa habilidad de responder de maneras inolvidables, cada vez que alguien lo ponía en aprietos. Señalando su Biblia, le dijo en respuesta a esta persona: "Pues, a mí me gusta leerla. Me gusta leerla aquí mismo". Sólo la Biblia, la palabra de Dios, debe guiarnos. Los sentimientos, por supuestos son importantes pero no debemos permitir que ellos nos guíen. Cuando nuestros sentimientos se basan en una sincera recepción y obediencia a su palabra tendremos el genuino gozo del cual se habla en el Nuevo Testamento.

Cuán agradecidos debemos estar que Dios ha dado una segura y cierta guía para la salvación, ¡ella es su palabra de verdad! En este mundo de confusión religiosa, podemos dirigirnos a la palabra y leer acerca de la iglesia que Dios ha establecido y acerca de cómo uno entra a ella y vive siendo parte de ella.

## **CONCLUSIÓN**

Llegamos al final del libro La secuela de la más grande historia jamás contada y comenzamos a pensar acerca de lo que hemos leído.

Descubrimos que hemos pensado acerca de algo que es mucho más importante que cualquiera otra cosa que aparece en los periódicos o en las noticias o televisión locales o nacionales. Literalmente, hemos podido correr las cortinas que escondían el pasado y, a través del inspirado libro de los Hechos, hemos podido ver el evento más histórico y de mayor trascendencia, después de la vida, muerte y resurrección de Jesús, en la historia del mundo, Hemos sido testigos del comienzo mismo de la iglesia, el singular, largamente esperado reino de Dios. Con este comienzo, hemos presenciado cómo la historia ha entrado a su era final, a la era cristiana o de "los días postreros".

Hay otro libro que le sigue en importancia a éste, que recién leímos. Le podríamos llamar La tercera más grande historia jamás contada o La secuela de la secuela de la más grande historia jamás contada. Ésta sería la historia de su conversión a Cristo, la historia de cuando usted llegó a ser parte de la

iglesia que Cristo edificó. La historia, por supuesto, sería diferente para cada uno de nosotros. Para muchos de nosotros, la historia podría ser escrita fácilmente, pero para otros, la historia no podría del todo escribirse porque, sencillamente, no ha ocurrido. ¿Cuál será el caso suyo? ¿Ha ocurrido la historia? ¿Se ha convertido en un cristiano según el Nuevo Testamento?

Si usted no es un cristiano según el Nuevo Testamento, usted sabe ahora cómo convertirse en uno, mediante el recibir con alegría la palabra del evangelio y mediante su obediencia a éste, usted puede nacer dentro del reino de Dios, el mismo reino de los cielos que hemos visto en Hechos 2. Que nuestros pensamientos acerca de la siguiente más grande historia jamás contada lo lleven a usted a tomar la importantísima decisión de convertirse en cristiano.

#### ***PREGUNTAS PARA ESTUDIO Y COMENTARIO***

1. ¿En qué sentido podemos decir que el establecimiento de la iglesia es la secuela de la más grande historia jamás contada?
2. ¿Qué evidencia puede dar usted de que sólo los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo en Pentecostés?
3. Comente las razones divinas para que los apóstoles fueran bautizados con El Espíritu Santo.
4. ¿Qué significa hoy día el bautismo de los apóstoles en el Espíritu Santo?
5. Comente la evidencia para la deidad de Cristo, que Pedro presentó en su sermón.
6. ¿Qué clase de introducción tuvo Pedro para su sermón?
7. ¿Cuán vital es la resurrección de Cristo dentro del esquema de Dios para la redención? ¿Podríamos pensar de Cristo, que es en algún sentido el Hijo divino de Dios, si él no hubiese resucitado de entre los muertos?
8. Describa con sus propias palabras la reacción de la multitud tal como se expresó en la frase: "compungidos de corazón".
9. ¿Puede pensar en una tragedia más grande que la de estar en pecado?

10. Explique los diferentes énfasis que los tres relatos de la gran comisión tienen sobre las condiciones para la salvación.
11. Comente cómo es que Hechos 22.16 aclara el significado de Hechos 2.38.
12. Describa las dificultades que se presentarían en un intento por bautizar a tres mil personas en un día.
13. ¿Cuál sería la tercera más grande historia jamás contada?  
FIN.